

Libros

y al desaliento, se sabía poseída de un coraje político con el que ninguna otra ciudad griega podía soñar compararse.

Y, en efecto, Atenas alcanzó en el siglo V a. de J. C. una hegemonía que por sus características carece de parangón posible. El fervor popular, el impulso militar, el pensamiento político y las realizaciones culturales se unieron en una obra de envergadura prodigiosa: el imperio ateniense erigido sobre la Liga de los Aliados. Pero el apoyo estaba condenado. Una de las consecuencias del pensamiento político de Pericles era el absoluto descaro con el que buena parte del total de los tributos pagados por los aliados se gastaba en embellecer Atenas y mantener, durante la paz y mediante las obras públicas, un ejército que a la primera necesidad abandonaba las herramientas para empuñar las armas. Por otra parte, la democracia ateniense, una sociedad civil organizada sobre la libre expresión y planteamiento de las cuestiones políticas de acuerdo con la libertad del consenso ciudadano, resultaba odiosa en su código para con el aliado, al que siempre consideró como un inferior poco digno de confianza. Así, el ideal de vida arrogante, libre y gloriosa que la democracia de Atenas inspiraba en sus ciudadanos, se veía contrastado por la renuencia y la desconfianza del aliado (que nunca llegó a serlo realmente); con lo que la gesta ateniense —dudosamente satisfactoria y escasa o nulamente beneficiosa para quienes debían compartirla— se veía conde-

nada a un derroche de energía y coraje sobrecogedor, pero incapaz de superar la contradicción a que abocaba el sistema. La energía liberada por la democracia ateniense carecía de fórmulas para encauzar su impulso de manera coherente, y ello quizá porque su destino histórico fuera, precisamente, carecer de ellas (siendo éste, a mi juicio, el aspecto más fascinante y enriquecedor de la cuestión desde cualquiera de los puntos de vista). Y a todo esto se añadía la imposibilidad de afrontar la situación real: Atenas no podía defender ni controlar por tierra el imperio que conquistaba por mar.

Al final de su vida, Pericles hubo de entender la escisión de la Hélade como testimonio del fracaso de un proyecto personal al que se había entregado por completo. Convencido de la imposible unidad griega, todas sus iniciativas finales se encaminaron a recortar la influencia espartana o a conducir a la ciudad rival a la hipotética situación en que admitiera un pacto ventajoso para Atenas. De hecho, lo que quedaba definitivamente en suspenso, por encima del mutuo temor y recelo de los rivales, era la idea de un imperio unitario griego, cuya realidad habría cambiado la historia del Mediterráneo (esa realidad se logró más tarde, pero bajo los muy diferentes designios de Filipo de Macedonia).

Si bien Atenas no pudo (o no supo) superar la realidad, su experiencia sí superó su fracaso, creando la imagen de una ciudad viva en un empeño solidario y democrá-

tico cuya impronta influyó sobre el pensamiento y la acción, de manera que si la organización ateniense de la vida democrática carece de vigencia con respecto a una sociedad actual no transformada, no se puede decir lo mismo de la concepción humana que ese empeño traducía; y este concepto sí es vigente, y con capacidad para alterar el equilibrio indigno de las cosas. En palabras de Bowra: **Dondequiera que los hombres hayan pensado seriamente en un gobierno justo, han tenido, en el fondo de sus mentes, reminiscencias, no necesariamente amistosas, del descubrimiento ateniense de que la primera tarea del gobierno es tratar a los hombres como fines en sí mismos. Sanguinarios y bestiales sistemas de los tiempos modernos han hecho de esto el blanco de su odio destructor, y esto muestra cuán fundamental es. Detrás del respeto por el gobierno democrático yace el respeto por el individuo, y esta es la gran contribución ateniense para el mundo. A menudo ha sido olvidado, a menudo sumergido, nunca ha sido hecha sincera o completamente y no lo era ni siquiera en Atenas. Pero una vez que un ideal semejante ha sido traído a la vida, no puede ser totalmente eliminado.** ■
EDUARDO CHAMORRO.

UNA HISTORIA MILITAR DE OCCIDENTE

Se ha reeditado una de las obras fundamentales y deci-

Libros

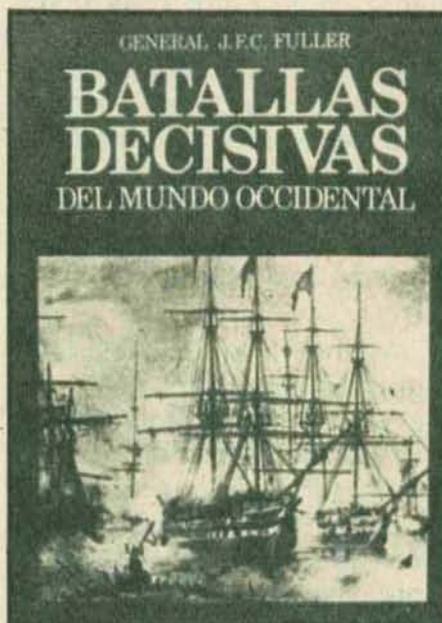
UNA HISTORIA MILITAR DE OCCIDENTE

sivas para la comprensión del campo histórico al que se refiere; se trata del libro, ya clásico, **Batallas decisivas del mundo occidental**, a cuya preparación dedicó su autor, el general británico de Estado Mayor J. F. C. Fuller, treinta años de cuidadosa investigación y documentación exhaustiva, consiguiendo una obra considerada como definitiva por cuantos teóricos y especialistas la han consultado. Situando los acontecimientos bélicos en el contexto social, económico y político al que pertenecen, Fuller analiza sus causas y conexiones concienzudamente, logrando poner de manifiesto la compleja estructura de unos hechos a los que, por desdén intelectual o estremecimiento ideológico (que tanto de uno como de otro participa la conocida pacatería de confundir la historia militar, su conocimiento y afición a ella, con el militarismo, así como el pacifismo con la Arcadia universal), no siempre se presta la atención que de manera tan rotunda exigen y merecen.

Esta reedición (1) consta de tres volúmenes, encarecidos por una encuadernación en tela y un estuche cuya función no está nada clara. El primer volumen abarca desde los antiguos conflictos por la hegemonía mediterránea hasta las confrontación de las fuerzas cristianas con las turcas en Lepanto, en una visión panorámica y detenida

del proceso de formación de las naciones e imperios europeos.

El segundo se inicia con el análisis de la rivalidad entre Inglaterra y España, para estudiar a continuación la derrota de la Armada Invencible y el consiguiente naufragio del imperio español. Desplazada España, el conflicto por el dominio del mar



y la hegemonía mundial se define entre Inglaterra y Francia; el volumen alcanza hasta la aparición de Napoleón, sin dejar de lado la Revolución francesa y la gesta independentista norteamericana, para concluir con la batalla de Waterloo, al cabo de un período de dos siglos vitales para la historia occidental. Finalmente, el tercer volumen abarca desde el comienzo de la Guerra de Secesión norteamericana hasta el final de la segunda guerra mundial. El período tratado es lo suficientemente significativo no sólo por su cercanía, sino también, y decisivamente, por cuanto representa la conversión del conflicto bélico en verdadera

hecatombe, al poner en juego armas cuyo efecto puede ser de alcance planetario y cuyas consecuencias se prolongan más allá de la duración del conflicto propiamente dicho.

Todas las batallas están descritas con claridad, rigor y objetividad, así como con gran riqueza de detalles, desde los meramente técnicos hasta los puramente anecdóticos, analizando los hechos no sólo sobre el campo de combate, sino también en el plano político y diplomático. Sin embargo, tal resultado, fruto del esfuerzo personal del autor a lo largo de muchos años de trabajo, no se encuentra respaldado por la editorial que comercializa su labor, desde el momento en que el descuido con que se han tratado los diagramas explicativos y la cartografía es absoluto. Pocos temas requieren de una manera tan directa el apoyo cartográfico como la historia militar, circunstancia que no se ha tomado en cuenta en esta ocasión: los mapas que acompañan al texto son todos antiguos, la mayoría están resueltos grosera y escuetamente, y resultan, por lo general, confusos. Y la cosa no es de resolución tan complicada, hubiera bastado con que los responsables hubieran acudido al **National Geographic**, que cede sus materiales sin mayor complicación que adaptarlos y traducirlos, pero esto, al parecer, hubiera sido una de esas deferencias del editor para con el autor y su público tan poco usuales en la llamada industria cultural española (y pienso que no hay razón para poner deferencia, se trata de

(1) Luis de Caralt, editor. Barcelona, 1973.

Libros

una simple y pura **obligación** del industrial); también hubieran podido tener en cuenta el buen ejemplo ofrecido —si bien la publicación de obras de este tipo no es habitualmente— por la edición del libro del mariscal Montgomery (2), con magníficas ilustraciones, mapas claros y diagramas funcionales.

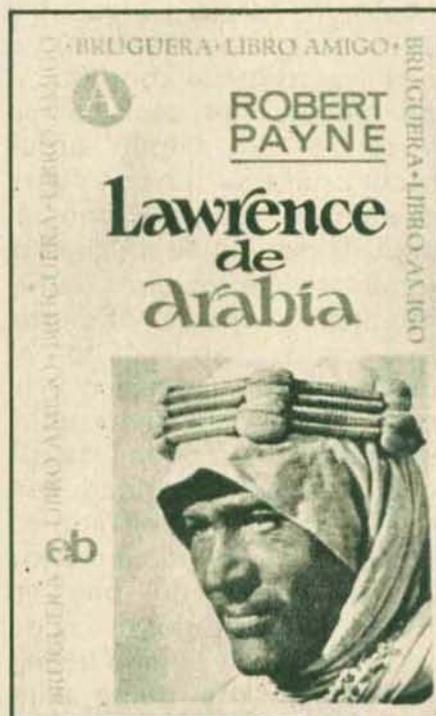
En cuanto al aspecto teórico de la obra, Fuller se atiene a los que constituyen sus puntos de vista expresados en **La dirección de la guerra** (3), analizando el conflicto bélico como capítulo específico del proceso histórico, en el que se manifiesta de una manera frenética, convulsiva y espantosa la influencia de los cambios de la civilización sobre el hombre y las fricciones humanas. En tal sentido, el pensamiento de Fuller se vincula con aquel otro de Clausewitz: **El acto primordial, el principal y más decisivo del juicio que ejercen el estadista y el general, es comprender rectamente la guerra que emprenden, no tomándola por algo o desear convertirla en algo totalmente imposible por su propia naturaleza.** A tal objeto, en lo que a la guerra concierne, no se debe uno atar a lo absoluto, ni ligarse a un conjunto irrevocable de decisiones; como cualquier juego de azar, la guerra no tiene un final preconcebido. La lucha debe, en todo momento, adaptarse a las circunstancias y éstas son siempre fluctuantes. La brutalidad en el conflicto sólo compensa muy raramente, así como tampoco compensa conducir al

enemigo a la desesperación, ya que, aunque exista una probabilidad de que tal opción haga ganar la contienda, es más probable que el enemigo decida prolongarla, aun en perjuicio propio. Tales reflexiones, contrastadas por la panorámica de los hechos probados, hacen del tema uno de los más fructíferos en cuanto a filosofía de la historia. ■
JUAN N. ALMAYER.

LA WRENCE DE ARABIA, INSOLITO VISIONARIO

Uno puede encontrar ingleses en el Afganistán criando caballos de raza para competiciones extrañas y salvajes; en el golfo Pérsico, instruyendo rebeldes y preparando golpes de Estado; en Nueva Guinea, negociando con la artesanía de los papúes; en México, destilando y trasegando mezcal; en las Alpujarras, escribiendo ensayos insólitos y maravillosos... Por eso no extraña tanto que un estudiante de arqueología educado en Oxford, enamorado del románico, bajito y algo enclenque, se alucine de repente y, a la cabeza de un ejército de zarrapastrosos (**unos diez mil hombres que solamente poseían diez ametralladoras, cuatro cañones ligeros de montaña y aproximadamente unos cuatrocientos camellos de carga**), atraviase Arabia dando singulares golpes de mano, dinamitando vías férreas y

locomotoras, creando reinos y viendo frustrarse uno a uno todos sus anhelos, hasta finalizar su carrera militar como oscuro soldado de la RAF, y su vida en un accidente de moto, con el cráneo destrozado. Tras su féretro, hacia el diminuto cementerio de Moreton, caminaban Augustus John y Winston Churchill, en el último home-



naje a aquel que en su vida recibió ninguno: Thomas Edward Lawrence, caballero de la Orden del Baño, condecorado con la Cruz de Servicios Distinguidos, artífice de la rebelión árabe, autor de dos libros admirables: **Los siete pilares de la sabiduría** y **El troquel**, y más conocido como Lawrence de Arabia; la lectura de su biografía, escrita por Robert Payne, le deja a uno temblando.

Thomas E. Lawrence fue uno de esos hombres singulares, alucinados por un destino que sólo disciernen entre brumas dolorosas, pero a cuyo interrogante se entre-

(2) "Historia del arte de la guerra." Agullar, 1969.

(3) Luis de Caralt, 1965.